

HONORÉ DE BALZAC

El Coronel Chabert



Una de las mejores novelas de Balzac



EL CORONEL CHABERT

los **INTE
MPEST
IVOS**

HONORÉ DE BALZAC

El Coronel Chabert

TRADUCCIÓN DE MAX LACRUZ



Primera edición: junio de 2011
Segunda edición: octubre de 2011
Tercera edición: abril de 2016

Título original: *Le Colonel Chabert* (1835)

© de la traducción: Max Lacruz, 2011
© de esta edición: Editorial Funambulista, 2016
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

ISBN: 978-84-96601-34-5
Depósito legal: M-37931-2011

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Les gens de justice* (1845-1848), Honoré Daumier

Producción gráfica: Nilo Industria Gráfica, S.A.

Impreso en España

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

El Coronel Chabert

A la Condesa Ida de Bocarmé, née Du Chasteler

—¡Vaya, ya tenemos aquí otra vez al viejo *carrique*...!¹

Esta exclamación la lanzaba un pasante que pertenecía a la clase de los que se llaman en los bufetes *mandaderos*, que mordía en este momento con apetito voraz un trozo de pan. El tal pasante tomó un poco de miga para hacer

1. Carrique o *carrick*: levitón o gabán provisto de valoncillas y sobrecuellos usado por los cocheros en Francia hacia 1800 (se entiende que la prenda estaba pasada de moda en el momento en que transcurre la acción de la novela); su uso procede de *carrick*, sustantivo inglés que designaba un tipo de carruaje descubierto.

una bolita, la cual, bien dirigida y lanzada por el postigo de la ventana de ángulo en que se apoyaba, rebotó casi hasta la altura de dicha ventana, después de haber rebotado en el sombrero de un desconocido que cruzaba el patio de una casa situada en la rue Vivienne, donde vivía el procurador Derville.

—Vamos, Simmonin, no haga usted tonterías a la gente, o le pondré de patitas en la calle. Por pobre que sea un cliente, no deja de ser un hombre, ¡qué diablos...! —dijo el primer pasante interrumpiendo la suma de una minuta de costas y honorarios.

El *mandadero* es, generalmente, como lo era Simmonin, un muchacho de trece a catorce años, que se encuentra en todos los bufetes, siempre atado muy de corto por el primer pasante, quien lo utiliza para sus recados y notas galantes cuando aquél va a llevar diligencias a los ujieres y *placets* a los juzgados. Tiene algo del

pilluelo de París por sus costumbres, y del fullero por su destino. Este muchacho es casi siempre despiadado, desenfrenado, indisciplinado, camandulero, cantamañanas, codicioso y gandul. Sin embargo, casi todos los aprendices de pasante tienen una anciana madre que vive en una buhardilla y con la cual reparten los treinta o cuarenta francos que ganan al mes.

—Si es un hombre, ¿por qué le llama usted *viejo carrique*? —preguntó Simmonin con la actitud de un escolar que coge al maestro en un renuncio.

Y reanudó su operación de comer el pan y el queso, apoyando el hombro en el larguero de la ventana, pues permanecía de pie, como los caballos de las carrozas de rúa, con una pierna cruzada y apoyada contra la otra, sobre la punta del zapato.

—¿Cómo podríamos tomarle el pelo al primo éste? —dijo en voz baja el tercer pasante,

llamado Godeschal, deteniéndose en medio del razonamiento que iba destilando en un escrito de demanda, que el cuarto escribano estaba pasando a limpio y compulsando y cuyas copias estaban siendo redactadas por dos neófitos recién llegados de provincias. Y al poco siguió con su improvisación—: *...Mas en su noble y benévola complacencia, Su Majestad Luis Dieciocho* (Dieciocho me lo pone usted con letras, Desroches, ¿eh?, sí, el sabelotodo que está con la copia autorizada...), *en el momento en que volvió a tomar las riendas de su reino, comprendió...* (¿qué habrá comprendido semejante farsante?) *la elevada misión a que estaba llamada Su Majestad por ¡la divina Providencia!... ..* (signos de admiración para «la divina Providencia», y luego seis puntos suspensivos: en los juzgados son, creo, bastante religiosos para consentírnoslos), *y su primer pensamiento fue, como lo prueba la fecha de la*

real orden adjunta, reparar los infortunios causados por los espantosos y tristes desastres de nuestros tiempos revolucionarios, restituyendo a sus fieles y numerosos servidores (esto de «numerosos» es una mención que ha de halagar al tribunal) todos los bienes no vendidos que se encontraren, ya bajo el dominio del Estado, ya bajo el dominio ordinario o extraordinario de la Corona, ya, por último, que se encontraren entre las dotaciones de los bienes públicos, pues nosotros estamos o pretendemos estar facultados para sostener que tal es el espíritu y el sentido de la tan leal y famosa real orden dictada en...

—Esperen... —dijo Godeschal a los tres pasantes—... que esta maldita frase ha llenado el final de la página. Pues bien —añadió, humedeciendo con la lengua el dedo a fin de poder volver la gruesa hoja del papel timbrado—, si quieren ustedes gastarle una broma, díganle que nuestro principal no puede recibir a sus clientes

más que entre las dos y tres de la madrugada. Veremos si acude a esa hora el viejo malandrín...

Y Godeschal retomó la frase empezada.

—*Dictada en...* ¿Estamos? —preguntó.

—¡Sí! —gritaron los tres copistas.

Todo se hacía al mismo tiempo: el escrito, la charla y la conspiración.

—*Dictada en...* ¡eh! ¡amigo Boucard! ¿qué fecha lleva la real orden? ¡Pesia a tal! ¡Hay que poner los puntos sobre las íes...! Así se llenan las páginas...

—*Pesia a tal...* —repitió uno de los copistas antes de que Boucard, el primer pasante, hubiera respondido.

—¡Cómo! ¿Ha escrito usted *Pesia a tal*? —exclamó Godeschal mirando a uno de los recién llegados con aire severo a la par que burlón.

—Vaya si lo ha puesto —dijo Desroches, el cuarto pasante, inclinándose sobre la copia de su vecino—, y ha escrito *Pesiatal* en una sola pa-

labra; ah, y también ha puesto *hay que poner los puntos sobre las íes...*

Todos los presentes soltaron una sonora carcajada.

—¡Cómo! Señor Huré, ¿toma *Pesia a tal* por un término jurídico, y me dice que es usted normando, del mismo pueblo de Mortagne? —exclamó Simmonin.

—Bórreme usted bien eso —dijo el primer pasante—. Si el juez encargado de tasar las costas viese cosa semejante, diría que *todo esto se nos da una higa*, y nuestro principal se disgustaría. ¡Vamos, señor Huré, no vuelva usted a cometer semejantes tonterías! Un normando de Mortagne no debe escribir nunca descuidadamente una demanda, que es, por decirlo así, el *abecé* del gremio de los escribanos y curiales.

—*Dictada en...* ¿En? —preguntó Godeschal—. Pero, hombre, Boucard, dígame usted cuándo...

—En junio de 1814 —respondió el primer pasante sin dejar su trabajo.

Un golpe dado a la puerta del estudio interrumpió la frase del prolijo escrito. Cinco pasantes con buenos dientes, ojos vivos y burlones y crespudas cabezas, fijaron sus miradas en la puerta después de haber gritado al unísono con voz de chantre:

—¡¡Adelante!!

Boucard permaneció con la cabeza sumida en un montón de actas, llamadas *broza* en jerga de abogados, y continuó con la minuta de honorarios que le ocupaba.

El bufete era una gran estancia provista de la clásica estufa que adorna todos los antros de la triquiñuela curial. Los tubos de la estufa atravesaban diagonalmente la habitación e iban a unirse a una chimenea condenada, sobre cuyo mármol se veían diversos pedazos de pan, triángulitos de queso de Brie, costillas de lomo fresco, vasos, bo-

tellas y la jícara de chocolate del primer pasante. El olor de estos comestibles se amalgamaba tan bien con el tufo que despedía la estufa calentada desmedidamente y con el peculiar olor de los despachos y los papelotes, que la hediondez de un zorro no se hubiera ni notado. La tarima estaba ya cubierta por el barro y la nieve que habían llevado a ella los pasantes. Cerca de la ventana se veía el escritorio a cilindro que usaba el pasante principal, al cual estaba adosada la mesita destinada al segundo pasante. Éste, a la sazón, que serían las ocho o las nueve de la mañana, estaba *haciendo* los juzgados. El estudio tenía por todo adorno esos grandes cartelones amarillos que anuncian embargos de inmuebles, ventas, subastas en expropiaciones entre adultos y menores, adjudicaciones definitivas o previas, ¡toda la gloria, en fin, de los bufetes! Detrás del primer pasante había una enorme estantería que cubría la pared de arriba abajo, cada uno de cuyos compartimientos

estaba lleno de legajos, de los cuales pendía un número infinito de etiquetas y de cabos de hilo rojo, que daban un aspecto especial a todos aquellos expedientes en curso. Las baldas inferiores de la estantería estaban llenas de cajas de cartón, amarillas por el uso, ribeteadas de papel azul, y en las cuales se leían los nombres de los clientes importantes, cuyos sustanciosos litigios se cocían en aquel momento. Los sucios cristales de la ventana de ángulo dejaban pasar poca luz. Por otra parte, en París existen pocos bufetes donde se pueda escribir sin el auxilio de una lámpara en el mes de febrero antes de las diez, pues todos ellos son objeto de una desidia bastante comprensible: todo el mundo va allí, pero siempre de paso, y ningún interés personal hay en esos lugares tan triviales; ni el procurador, ni los clientes, ni los pasantes se preocupan de la elegancia de un lugar que para los unos es una clase, para los otros un tránsito y para el jefe un mero laboratorio. El grasiento mo-

biliario se trasmite de procurador en procurador, con un celo tan escrupuloso, que ciertos estudios poseen aún cajas con *saldos pendientes*, moldes para *tiras* de compaginación, cartapacios que provienen de los fiscales del *Chlet* —abreviatura de la palabra *Châtelet*—, jurisdicción que representaba en el antiguo orden de cosas al actual Tribunal de primera instancia. Este estudio oscuro, lleno de polvo, tenía, pues, como todos los demás, algo de repugnante para los litigantes, y constituía una de las más horribles monstruosidades parisienses. Ciertamente, si las húmedas sacristías donde las plegarias se pesan y se pagan como si fueran especias, y si los almacenes de ropa usada, donde sobrenadan harapos que marchitan todas las ilusiones de la vida, mostrándonos el sitio adonde van a parar nuestras fiestas; si estas dos cloacas de la poesía no existiesen, una oficina de procurador sería, repito, el más horrible de los establecimientos sociales. Pues así ocurre en las casas de

juego, en los tribunales, en las administraciones de lotería y en los lugares de mala nota. ¿Por qué? Sin duda porque en estos sitios, el drama, desarrollándose en el alma del hombre, contribuye a hacerle los accesorios indiferentes, lo que podría servir también para explicar la sencillez que gastan los grandes pensadores y los grandes ambiciosos.

—¿Dónde está mi cortaplumas?

—¡Estoy almorzando...!

—Veta a la porra, ¡ya he hecho un borrón en el escrito...!

—¡Chitón, señores!

Estas diversas exclamaciones fueron lanzadas en el momento en que el anciano cliente cerraba la puerta con esa especie de humildad que caracteriza los movimientos del hombre desdichado. El desconocido procuró sonreír, pero los músculos de su rostro permanecieron inmóviles cuando buscó en vano algunos síntomas de afa-

bilidad en los rostros inexorablemente apáticos de los seis pasantes. Acostumbrado, sin duda, al trato con los hombres, se dirigió muy cortésmente al *mandadero*, esperando que aquel *sufrelotodo* le respondería con amabilidad.

—Señor, ¿se puede ver al jefe?

El malicioso *mandadero* respondió al pobre hombre dándose golpecitos en la oreja con los dedos de la mano izquierda, como queriendo decir: «Soy sordo».

—¿Qué desea usted, caballero? —preguntó Godeschal, el cual, al mismo tiempo que hacía esta pregunta, se llevaba a la boca un pedazo de pan con el que se hubiera podido cargar un cañón de cuatro libras, blandía su cuchillo y se cruzaba de piernas, poniendo a la altura de sus ojos el pie que tenía en el aire.

—Señor mío, vengo aquí por quinta vez... —le respondió el hombre, paciente—. Deseo hablar al principal, al señor Derville.

—¿Para algún asunto...?

—Sí, pero sólo puedo explicárselo a él.

—Nuestro principal está durmiendo; si desea usted consultarle alguna cuestión delicada le advierto que sólo trabaja seriamente a medianoche. Pero si quiere usted decirnos lo que desea, podríamos, igual de bien que él, decirle...

El desconocido permaneció impasible y se puso a mirar modestamente en torno suyo, como el perro que, habiéndose introducido en una cocina extraña, teme recibir en ella algún zapatazo. Como por mor de su propio oficio los pasantes no tienen nunca miedo a los ladrones, no sospecharon, pues, del hombre del *carrique*, y le dejaron observar el local, donde buscaba en vano un sitio para descansar, pues estaba visiblemente fatigado. Por cálculo, los procuradores dejan pocas sillas en sus oficinas. El cliente vulgar, cansado de esperar de pie, se marcha gruñendo, pero no hace perder un tiempo que,

según decía un viejo procurador, es tiempo que no *tarifa*.

—Caballero —respondió—, ya he tenido el honor de advertirle que no podía explicar mi asunto más que al señor Derville. Esperaré, pues, a que se despierte.

Boucard había acabado de hacer la suma, y sintió el olor de su chocolate; dejó la poltrona de anea, se encaminó a la chimenea, examinó de arriba abajo al anciano, contempló su levita tipo *carrique* y acabó haciendo una mueca indescriptible. Probablemente pensó que, por mucho que se lo estrujase, sería imposible sacarle un céntimo a aquel hombre, e intervino en la conversación brevemente con el propósito de librar a su principal de un mal cliente.

—Caballero, le dicen a usted la verdad. Nuestro principal no trabaja más que por la noche. Si el asunto que usted trae es grave, le aconsejo que vuelva a la una de la madrugada.